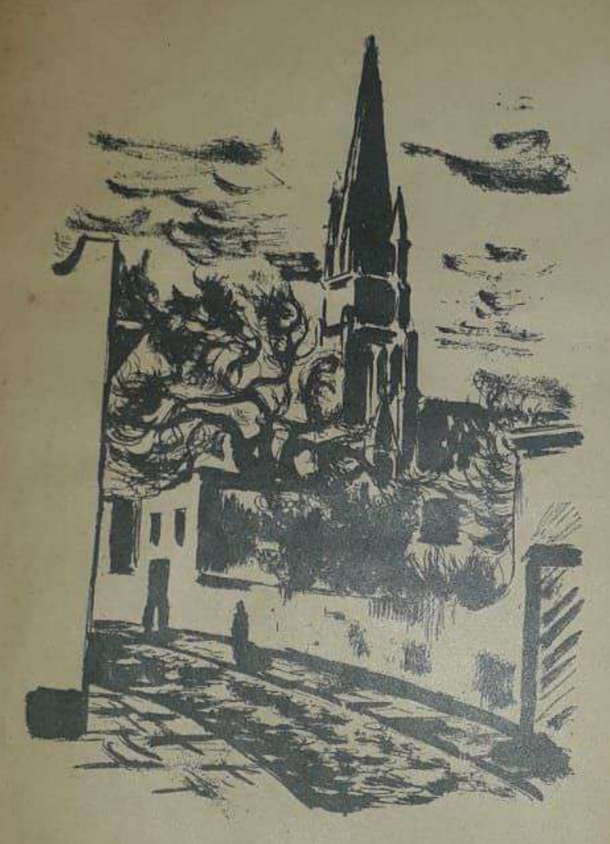
BALCON



SUMARIO

EUFORIA PREMATURA

El mundo se ha enterado con repugnancia del ajusticiamiento en la horca de los fautores del nazismo y de la sacrílega cremación de sus cadáveres. Pero, por encima de lo que este macabro hecho puede significar en el derecho de los pueblos, no hay duda que frente a él, el hombre contemporáneo tiene la sensación de asistir a uno de esos acontecimientos que cierran toda una época histórica, y no sólo la de los menguados y agitados años de los inquietos nacionalismos sino también la del siglo posterior a la Revolución Francesa. El liberalismo se cerraría con un resonante triunfo sobre la más grandiosa de las intentonas antiliberales.

Pero grave miopía denotaría no ver este hecho sino en su solo aspecto político. Con la Revolución francesa ese pueblo singular, que es el judío, entró por vez primera oficialmente en la sociedad cristiana, dirigió su rumbo durante todo el siglo XIX, y a punto de ser excluido de su seno por sus más formidables enemigos, pudo darse el lujo de celebrar regocijado un "nuevo purim". Estas palabras evocadas por Streicher, el famoso perseguidor antisemita, en el momento solemne de sufrir el suplicio de la horca por delito de "lesa humanidad" cobran significativa fuerza que miden la importancia de este hecho histórico y lo sitúan en la proyección metapolítica y teológica que encierran.

Desde ahora las horcas de Nurenberg se levantarán por encima de los siglos y quedarán asociadas en las celebraciones anuales con que los judíos, desde el 508 antes de Jesucristo, festejan la liberación y triunfo de su pueblo sobre las maquinaciones del perseguidor Amán.

Pero aquí queremos destacar que con las horcas de Nurenberg pareciera ponerse término a la ciclópea —y fracasada— empresa humana de vencer con sólos medios naturales a los enemigos milenarios del pueblo cristiano. Y quizás se ponga término también a la más grandiosa empresa jamás intentada con tanto aparato de fuerza, desde los días de Napoleón, de cerrar el paso a la Revolución que avanza triunfante sobre los pueblos cristianos.

Pero nos parece que sería aventurada la conclusión de que se ponga término a todo intento —incluso el sobrenatural— de vencer a tan funesto enemigo. Por esto resulta prematura la alegría de los regocijantes triunfadores. Cierto que ya llevan devorada a media Europa y que la otra mitad con el resto del mundo se halla en la órbita de sus influencias. Pero aunque extenuados, los pueblos cristianos no parecen vencidos.

Un despertar religioso y nacional los sacude con fuerza que hace siglos no se percibía. La Europa oriental da muestras heroicas de Fe católica, entre las que el caso del arzobispo Stepanic, es uno entre mil. Los de Europa occidental, presa de lamentable confusión, expresan de significativa manera su confianza en la Iglesia al preferir al comunismo los partidos de rótulo cristiano. En la más anacrónica de las posturas, España, como nación y en su totalidad proclama su voluntad de conformar su vida pública a los dictados de la Santa Iglesia.

Los nacionalismos, que han sublimado el valor "nación" sobre todos los otros valores, han fracasado. Pero no han fracasado los que por encima del valor nación han reconocido el hecho sobrenatural de la existencia de la Iglesia y de la Iglesia histórica encarnada en la familia de pueblos que constituyen la civilización cristiana. Belloc en su magnífico estudio sobre RICHELIEU *demuestra históricamente cuán funesta sea toda política de engrandecimiento nacional a costa de la substancia de la Cristiandad y, años antes, Jansen había demostrado cómo en la cristiandad medieval los alemanes no debieron sacrificar ninguna de sus auténticas cualidades nacionales.*

Pero si el nacionalismo sin la Iglesia se convierte en un factor de perturbación de la familia cristiana de pueblos, la práctica de la vida cristiana sin los valores de una fuerte nacionalidad, en caso de ser posible, se diluye en un individualismo sentimental. Las naciones han de desarrollar su personalidad propia dentro de la vocación que les cabe en la civilización cristiana

El nacionalismo, integrado en la comunidad de las naciones cristianas a la sombra de la Iglesia, es todavía garantía de salud para los afligidos pueblos.

BALCÓN.

LA DEMOCRACIA

La democracia de nuestros tiempos es una *democracia tumultuaria*. Hubo en el pasado muchas formas de democracia; así desde las democracias griegas, fundadas en una concepción racional del mundo y traducidas en esa interpretación de la *polis* como un pequeño cosmos —cuyas partes, los hombres, debían subordinarse orgánicamente al todo de la ciudad— hasta la democracia del siglo décimonono, de raigambre sentimental y romántica, fundada en cierta mística exaltación de la naturaleza, ha habido pues multitud de variedades de ese sistema político que se caracteriza por la preponderancia del *demos* en la dirección de la cosa pública.

La democracia tumultuaria consiste en la imposición absoluta de las masas. Ya Ortega y Gasset señaló en su importantísimo libro *La Rebelión de las Masas* cuáles eran las características y la manera de proceder de tales masas. Evidentemente no se trata aquí del gobierno del pueblo o simplemente del predominio en una sociedad de los usos y costumbres populares; es algo mucho más hondo, donde el término masa adquiere una significación muy precisa.

Dentro de la masa, la personalidad de los individuos que la componen se reduce al mínimo; se pierde la distancia de individuo a individuo y se constituye un todo amorfo. Este todo sin embargo no es puramente pasivo, ya que está integrado por seres humanos, sino que es activo y enérgico, se mueve y obra; claro está que actúa de acuerdo a lo que es, vale decir, tumultuosamente.

La masa obra dirigida por unas pocas ideas, simples y esquemáticas pero con un enorme arraigo; son ideas-mitos, a las cuales ella adhiere irracionalmente, sin la menor discriminación.

Para que las agrupaciones humanas merezcan el nombre de masas, debe predominar en los individuos que la componen las características del hombre masa. Ahora bien, el hombre masa es aquel cuya nota principal consiste en una imponente abulia mental; es aquel que parece tener el deliberado propósito de no usar jamás la facultad de la reflexión; su inteligencia se ha reducido a una función fisiológica, y así como respira el aire que le circunda, así también con la misma naturalidad se asimila las opiniones que flotan en el ambiente sin el más mínimo análisis. Aquello que constituye la opinión general, las ideas al uso, y que en el mundo moderno se propalan a los cuatro vientos mediante instrumentos eficaces de difusión —prensa, radio, cine, manifiestos, discursos, etcétera—, eso pues, viene a constituir en forma inmediata la opinión del hombre masa.

No haremos aquí el análisis de cómo se gestan las opiniones que absorben a las masas y les impulsan a obrar en una dirección determinada; no, sólo constatamos el hecho de que esas opiniones existen y que rigen con éxito el vaivén de las masas.

Es interesante observar que las opiniones a que nos referimos —opiniones que flotan en el ámbiente y que se imponen tiránicamente a las masas— se refieren siempre a cuestiones que por su misma índole son susceptibles de ser examinadas y repensadas por cualquier persona; son materia opinable; de ahí pues el absurdo de su poderoso dominio, la aberración que supone su fácil imposición. Porque es verdad que hay multitud de ideas, creencias, usos, costumbres, tradiciones, etc., con que se encuentra el hombre al nacer; hay verdades vigentes, reveladas unas, conquistadas otras, que se imponen por su mismo valimiento al hombre desde que éste ve la luz del mundo; pero todo esto es algo bien distinto; aquí se trata de realidades que generalmente no está en el poder del hombre modificar, ya sea por la alta dignidad de las mismas, su poder de convicción o su intrínseca veracidad, ya por su profunda justificación y arraigo, ya en fin porque son de por sí valiosas y constituyen el mundo sin el cual la vida humana sería imposible. Mas aún en este caso el hombre no se comporta como un mero ente pasivo, sino que asimila y hasta reelabora lo que encuentra en su camino. Nadie puede cambiar un idioma vivo, ni trastrocar completamente determinados usos, pero puede reelaborar y enriquecer su lengua, e influir en la modificación de las costumbres. Pues bien, las opiniones a que más arriba nos referimos, y que constituyen en determinados casos el *deus ex machina* de las masas, nada tienen que ver con estas respetables realidades. Al contrario, esas opiniones generales, o especie de mitos, que se imponen a las masas, tienen la particularidad de llevarse por delante cualquier tradición, costumbre o creencia; de ahí lo arbitrario, irracional y tiránico que resulta el proceder de las masas cuando actúan en su calidad de tales.

Como bien dice Ortega, hombres masas hay en todos los estratos sociales, así por ejemplo existe el intelectual masa, el periodista masa, el aristócrata masa, el proletario masa, etc. Basta *ser* un siervo de las opiniones al uso, por más absurdas y demoledoras que éstas sean, para caer en la categoría de hombre masa. En la medida pues que alguien sobreponga sin la menor reflexión a sus más profundas convicciones, a sus creencias, tradiciones, costumbres, etc., alguna de esas opiniones generales difundidas en el ambiente, sostenidas por la propaganda, ofrecidas como una imposición y carentes de toda consistencia razonable, en esa medida pues se transformará en hombre masa.

Estas opiniones adquieren en-

LOS TRATADOS SECRETOS

James M. Gillis figura a la cabeza de los más eminentes oradores y escritores del clero norteamericano. Director de "The Catholic World", la primera revista católica de los Estados Unidos, publica en el número de junio un vigoroso artículo en que condena el legado político internacional de Roosevelt que, a cambio de una momentánea tregua, ha entregado conscientemente la mitad de Europa a la horda soviética y ha condenado a muerte sin remisión y sin hacer distingos entre culpables e inocentes, a todo el pueblo alemán. La presente versión ha sido tomada de "Estudios" de Santiago de Chile. (N. de la R.).

Las valientes palabras que Tennyson escribió a propósito del Duque de Wellington, "nada de lo que salga a luz podrá avergonzarlo", difícilmente pueden ser aplicadas a Franklin D. Roosevelt. Después de su muerte son tales las revelaciones que se han hecho, que cualquiera que haya sido la reputación que tuvo como jugador honrado y adversario leal, ésta no puede menos que verse ahora gravemente comprometida. El pueblo se sentía halagado al creer que el Presidente era franco con él. Se sentía halagado al verlo recurrir al pueblo por encima de los capitalistas, de los industriales, y aun por encima de los políticos de su propio partido. Fué el inventor de la "conversación en confianza" y logró en ella una práctica incomparable. Entre los que acostumbran a hablar por radio, son pocos los que aparecen naturales y desenvueltos, y de éstos solamente algunos han llegado a dominar el arte que se necesita para lograr un ambiente de intimidad. El Presidente Roosevelt fué el primero entre estos elegidos. Los que le escuchaban pueden decir: "Parece que estaba en esta misma pieza con nosotros", y que les invitaba diciéndoles: "Acérquense, amigos míos, les voy a contar todo". De esta manera adquirió la reputación de ser completamente sincero. Nadie, sino tal vez alguno que se preocupara de analizar con cautela la voz y la manera del orador, podía haberse dado cuenta que el Presidente estaba ocultando algo, y menos todavía, que estaba imponiendo una carga sobre el pueblo.

Pero ahora que se ha ido, se están acumulando testimonios que prueban que algunas de sus decisiones y acciones políticas más fatales fueron ocultadas no solamente al pueblo sino también a su Secretario de Estado, al Vicepresidente y al Congreso. Ya se han revelado muchos hechos, y podemos esperar que cualquier día aparezca en los diarios la noticia sobre algún otro acuerdo, compromiso, o promesa; o sobre algún pacto con toda la fuerza de un tratado, que el difunto Presidente hiciera con Stalin y Churchill sin admitirnos en su secreto. Esta es una decepción capaz de desconcertar al más resuelto de sus adoradores, y en cuanto a los que sospecharon en una falta de sinceridad en sus palabras, ahora van a verse tentados a decir: "Yo lo había dicho". Los enemigos del Presidente podrían regocijarse malévolamente con estos hechos si no fuera que pueden traer trágicas consecuencias, y nada menos que guerras dentro de los países y entre las naciones.

Para los que entre nosotros han atacado a Stalin tachándolo de tirano brutal y embaucador sin conciencia, estos tratados secretos de Mr. Roosevelt son particularmente bochornosos. Dan al astuto georgiano una buena oportunidad para exclamar: "Tu quoque".

Después de la Primera Guerra Mundial nos indignamos, porque Clemenceau, Lloyd George y otros artífices de la antigua diplomacia se burlaron con palabras y hechos del primero y mejor de los catorce puntos de Wilson. Rehusamos formar parte de la Liga de las Naciones alegando que sus miembros no estaban jugando limpio. Causa amargura comprobar que el hombre que nos representó durante la Segunda Guerra Mundial, y que apareció delante de los pueblos oprimidos como un salvador mayor aún que Woodrow Wilson, estaba vendiendo a su país y negociando la entrega de esos pueblos.

Cuando los primeros secretos empezaron a revelarse, alguien sugirió que el Presidente Truman hiciera un discurso refutando los rumores según los cuales el difunto Presidente habría llegado a entendimientos secretos en Casablanca, Teherán y Moscú, "puesto que ello no estaría conforme con el carácter del autor de la Carta del Atlántico y de las Cuatro Libertades". Además (éstas deberían haber sido las palabras de Mr. Truman) "no hay ninguna constancia escrita de estas transacciones dudosas, ni se ha encontrado memorandum alguno entre los papeles del Presidente. El Senado tampoco posee una información oficial sobre estos convenios secretos". Por lo tanto, habría rechazado como falsificaciones los papeles que se presentaron como pruebas y como falsa y difamatoria la acusación al Presidente Roosevelt.

Pero, después de todo, fué mejor que Mr. Truman no hiciera el discurso. Uno por uno han ido saliendo a luz los secretos, y son tan sólidas las pruebas de su autenticidad que no podrían ser desestimados ni aun después de oír una solemne declaración presidencial. Arthur Sears Henning, en "Tribune", de Chicago, ha enumerado diez convenios secretos. Nótese que el Nº 7 es atribuido al propio Mr.

T U M U L T U A R I A

tonces la categoría de mitos, valores indiscutidos y principios de toda acción. Cuando son tales opiniones las que gobiernan, es decir, cuando se mide y se juzga todo de acuerdo a los mitos de las masas, es cuando las masas gobiernan, es la hora de la democracia tumultuaria.

La democracia tumultuaria significa pues el dominio de los mitos, de las pseudo ideas, del hombre masa. Tal democracia es intensamente opresora, absorbente, intolerante, totalitaria. Significa el predominio de la opinión sobre la razón, de la cantidad sobre la cualidad. A veces las masas movidas por sus mitos actúan violentamente; en algunos casos es una minoría la que obra así, pero si lo hace en nombre de los mitos, es decir en nombre de las opiniones cristalizadas de las masas, entonces éstas aprueban, acatan y hasta aplauden, aunque se trate de llevar por delante esos otros principios más profundos que a pesar de todo se anidan en las almas de los hombres.

El peligro que significa la democracia tumultuaria, irracional y bárbara, acecha hoy por todas partes. El clima humano del presente está predispuesto para eso; nadie se encuentra indemne de tal amenaza; hoy el hombre es fácil presa de las más tiránicas opiniones, ya que con sólo oprimir el botón de la propaganda puede hacerse correr cualquier falsedad como un reguero por todo el universo; siempre habrá en tal caso una masa que recoja el embuste y le sirva de caja de resonancia.

En estas últimas semanas nos hemos visto en la presencia de dos casos típicos de la acción de las masas. En uno de ellos —el caso boliviano— las masas han procedido por su cuenta y riesgo, con pasión y violencia. Allí se puso totalmente de manifiesto el *pathos* de la democracia tumultuaria. En nombre de una interpretación mítica de la libertad, la masa irrumpió ruidosamente, holló todas las normas de convivencia social, hizo de acusador, de juez y de verdugo; atropelló las leyes, la justicia, las costumbres, la piedad; asaltó, destruyó y asesinó brutalmente; se solazó luego ante los cuerpos exánimes de las víctimas y profanó los cadáveres. El otro caso a que nos referimos es el de los juicios de Nurenberg; aquí el asunto es bastante diferente, aunque más inicuo, dado los ingredientes de hipocresía que en él intervinieron. En efecto, después de un aparente juicio, donde los vencedores de una guerra se constituyen también en acusadores, fiscales, jueces, tribunal de apelación, etc., de los vencidos, son éstos condenados a afrentosa muerte por motivos relacionados con la guerra misma. Es decir, sin el más mínimo respeto por el derecho de gentes, ni por las normas caballerescas de la guerra, se ejerce la venganza sobre los vencidos, para lo cual se realiza la ficción de un juicio —ya que se trata de un juicio sin equidad— donde la acusación usa argumentos de las opiniones comunes y de la propaganda, para imputar delitos que, de ser tales, también a ella podrían imputársele. En ambos casos pues, ya obren las masas por sí mismas, ya presten a minorías vengativas sus opiniones y sus mitos, el hecho es que todo ello supone la presencia en el poder de la psicología de masas.

Alguien podría argumentar, con respecto al caso de Bolivia, que no han faltado en otros períodos de la historia, cuando aún no se había hecho sentir tan profundamente eso que llamamos masa, episodios semejantes a los mencionados, sublevaciones de las turbas y atropellos de toda laya. Sin duda, han ocurrido hechos de tal naturaleza, pero hay una diferencia esencial, y en la que estriba precisamente el carácter inusitado de la actitud de las masas. La diferencia consiste en que cuando el fenómeno del predominio de las opiniones y los mitos de las masas no era algo universal, las violencias cometidas por las turbas, aunque éstas invocaran principio de justicia, no eran aprobadas ni aceptadas como cosa normal y justa. Así, cuando las guillotinas de la Revolución asolaban a Francia, mil voces de protesta se levantaron por toda Europa, en todas las naciones se condenó el atentado regicida y los innumerables asesinatos de aquella hora. Pero hoy frente al caso boliviano no ha habido, donde los hechos han sido perfectamente conocidos, la misma condena; muy por el contrario, pues como en nombre de la opinión pública se cometieron los delitos, la opinión pública los aprueba y aún los aplaude. Aquí mismo, en nuestro país, los llamados órganos de la opinión —es decir los diarios— no expresaron —salvo pocas excepciones— la menor disconformidad con lo sucedido; más aún, no faltaron tétricas fotografías en son de tácita solidaridad, ¡y hasta hubo un legislador que propuso el envío de un mensaje de congratulación al pueblo boliviano!

En fin, los ejemplos desgraciadamente abundan. El caso es señalar el remedio, el cual no es otro que la liberación, la auténtica y ponderable libertad, la emancipación más inmediata y necesaria, es decir la renuncia a la tiranía de la opinión y del lugar común, el repudio de los mitos y las falsedades hecha carne en la multitud, o mejor aún, convertidos en áspera costra, ya que impiden la libre manifestación de la personalidad humana, el benéfico uso de la facultad de la reflexión. Sólo mediante la sumisión a la verdad y la ferviente adhesión a ella se logrará esa libertad, puesto que tan sólo la verdad nos hace libres.

José María de Estrada.

D E L   P R E S I D E N T E   R O O S E V E L T

Truman. Presento el catálogo completo a manera de conveniente información del lector y sin suscribir, necesariamente, todo el comentario de Mr. Henning.

"1. El convenio secreto en la conferencia de Yalta, por el cual el Dictador de Rusia, Stalin, aceptó entrar en la guerra contra el Japón teniendo en vista la adquisición de las Islas Kuriles, al lado de las Islas Aleutianas, además de concesiones territoriales y económicas en China.

"2. El convenio secreto en la conferencia de Teherán, por el cual Mr. Roosevelt dió su asentimiento a la división de Europa en dos esferas de influencia, rusa y británica, a la partición de Polonia, y a otras medidas para extender el dominio ruso en la Europa oriental.

"3. El convenio secreto con Stalin, en Yalta, según el cual Mr. Roosevelt habría estado de acuerdo en que Rusia debiera tener tres votos en la organización de las Naciones Unidas.

"4. La carta de Mr. Roosevelt al Rey Ibn Saud, de Arabia, en la que prometía no tomar ninguna medida en Palestina hostil a los árabes, lo cual es considerado por los Sionistas como un repudio que el difunto Presidente hizo de su promesa de promover un estado judío.

"5. Un acuerdo en Yalta sobre un sistema de fideicomisos de los territorios capturados al enemigo, y de otras zonas dependientes, ejercitado por las Naciones Unidas.

"6. Un entendimiento que Stalin obtuvo en Yalta, según el cual Rusia debería recibir el 50 por ciento de las reparaciones exigidas a Alemania en tanto que Gran Bretaña y los Estados Unidos recibirían 20 por ciento cada uno, y las naciones restantes se dividirían el 10 por ciento restante.

"7. Un acuerdo de Mr. Truman en la conferencia de Postdam disponiendo la revisión de la convención de Montreux que rige la navegación de los Dardanelos, por el cual Turquía sería privada de su facultad de restringir el paso en cualquier forma.

"8. Un acuerdo en Yalta entre las autoridades militares americanas y rusas por el cual se procedería a la repatriación de los ciudadanos soviéticos liberados por los americanos y de los ciudadanos americanos liberados por los rusos, por donde los polacos, bálticos, checos, finlandeses, eslovacos, austríacos y otros anti rusos, serían entregados a las autoridades rusas con el fin de encarcelárseles, deportárseles o "liquidárseles".

"9. Un entendimiento con Roosevelt logrado por Churchill en la Conferencia de Casablanca, por el cual los británicos deberían quedarse con el control de todas las operaciones militares en el Mediterráneo oriental y en la Europa oriental del sur.

"10. Un memorandum suscrito con las iniciales de Roosevelt y Churchill en la Conferencia de Quebec, en 1944, en el cual se aprueba el plan de Morgenthau sobre la desindustrialización de Alemania, y su transformación en "un país compuesto principalmente de campesinos y pastores".

Este era el catálogo del 5 de mayo. Sería mejor que nos acorazáramos contra futuras sorpresas. Mr. Henning hace esta significativa observación: "Cada vez, y es más de una, que Mr. Byrnes ha declarado que ya no hay más secretos que revelar, he visto que en sus propias barbas revelan otro de cuya existencia no tenía él la menor idea. Dice Mr. Henning que "no se puede esperar mucha luz de Moscú mientras dure el régimen de Stalin", yo no pienso lo mismo. Me inclino más bien a sospechar que cuando Mr. Roosevelt dijo "Stalin nos tiene entre la espada y la pared" estaba insinuando que Stalin sabe de otras promesas que deberemos cumplir, y que nos "soltará" si, como algunos sugieren, nos ponemos "serios" con él.

Mr. Henning continúa: "La gran esperanza de los historiadores es Mr. Churchill que está escribiendo sus memorias: tiene fama de descubrir secretos". El día en que se escriben estas líneas, un periodista neoyorquino que acostumbra hacer declaraciones *exactas*, declara lo siguiente: "Churchill mantiene la suma de $ 100.000 por revelar en uno de nuestros magazines lo que piensa de los Estados: sus discursos que aún no son publicados le representan la suma de $ 50.000 pagados por Henry Luce". Si hay algo de cierto en estos rumores —que son verosímiles, dada la reputación de los conferenciantes y escritores ingleses que venden como buhoneros sus opiniones a los americanos— puede deslizarse en el alma de Mr. Churchill en estos momentos, la tentación de decir algo más de lo que pasó en secreto en Yalta, Teherán y Moscú. Mayores humillaciones nos aguardan todavía, y todo porque nuestro difunto Presidente pensó que sabía mejor que nosotros mismos lo que nos convenía, y porque creyó que él podía gobernar el mundo mejor que lo que el mundo puede gobernarse a sí mismo.

No es necesario —tampoco habría espacio en estas páginas— hacer una consideración a cada uno de los diez tratados secretos de Mr. Roosevelt. Nos limitaremos a discutir dos de ellos. Nos hemos visto envueltos en el embrollo Judío-Arabe-Británico en Palestina. De todos los disparates cometidos por el difunto presidente, éste es el más innecesario. Todo el mundo sabía que Inglaterra

se había metido en un enredo al hacer promesas contradictorias a Judíos y Arabes. Cualquier estadista sagaz habría pensado: "Mal negocio para Inglaterra, gracias a Dios que nosotros no tenemos por qué meternos". No así Mr. Roosevelt. Parece que se le ocurrió que cualquier equivocación que cometiera Inglaterra, debíamos cometerla nosotros también. Así es que, después de hacer imposibles e ilusorias promesas a los Sionistas, se dirigió a Ibn Saud para hacerle saber que él, es decir nosotros, no haríamos nada en Palestina sin consultar a los Arabes. ¿Por qué no tuvo la sagacidad de decir "no haremos nada en Palestina" y detuvo ahí su declaración? Pero el entrometido en todo se mete aunque sólo sea por darse el gusto. Y a semejanza de aquel médico que que sólo sabía curar ataques, por lo cual provocaba ataques en todos sus pacientes para poder sanarlos, así los que se dan de componedores del mundo, se dedican a provocar un desbarajuste, para poder arreglarlo en seguida.

En los momentos en que escribo —15 de mayo— los diarios nos dan las siguientes noticias de Jerusalén: 200.000 árabes mal armados están en guardia contra un ejército británico de 200.000 hombres perfectamente equipados, y unos 70.000 judíos adiestrados como comandos. Hay un título que es una interrogación: "¿Qué hará Inglaterra si se produce un choque entre judíos y árabes?". Lo que hicieran los ingleses en estas circunstancias no tenía por qué ser de nuestra incumbencia, pero Mr. Roosevelt opinaba que debíamos meternos en los asuntos de todo el mundo de manera que ahora nos incumbe averiguar qué hará Inglaterra, sea bueno o malo, para hacer nosotros lo mismo. Esta es nuestra tragedia, tanto mayor si consideramos que el hombre que sin deber hablar por nosotros, lo hizo a pesar de todo, y con su típica indiferencia nos trasladó la carga y solución de este conflicto. "El mal que hace el hombre en vida, le sobrevive".

Tal vez el peor de todos esos planes —aunque no tan secreto como los otros— es el programa trazado por Morgenthau para eliminar la industria en el Ruhr y en el Saar y "convertir a Alemania en un país especialmente agrícola y pastoril". Aun el neófito en historia y psicología podía haber dicho a los personajes cuyas iniciales aparecen al pie del documento, "F. D. R." y "W. S. C." (para no referirnos a su autor, Mr. Morgenthau), que un plan de esta especie es señal de completa locura. Cualquiera que sea nuestra opinión sobre el nazismo o el militarismo alemán, no puede haber dos opiniones diferentes sobre la genialidad de los alemanes para la mecánica, o sobre su competencia en el mundo de la industria y del comercio. Pretender transformar en pastores y campesinos —en rústicos— a millones de hombres preparados para ser ingenieros, comerciantes, manufactureros, financistas, es un crimen contra la naturaleza. Es destruir la civilización, y, sin embargo, es una medida que ha sido propuesta "para la reconstrucción del mundo"! "Dicen que han logrado la paz, allí donde todo lo transformaron en desierto", fueron las palabras del jefe caledonio refiriéndose a los romanos. Presa de una locura criminal muy parecida a ésta, los conquistadores del corazón de Europa, quieren reconstruir esa Europa hundiéndole un cuchillo en el corazón. Pronuncian trivialidades sobre "Un Mundo", nos dicen que no podrá haber parte de este mundo sana si alguna parte de él está lesionada, no obstante lo que se proponen es provocarle nada menos que una parálisis.

Por decir estas cosas, y en general, por hacer el desesperado esfuerzo por inyectar un poco de sentido común en el pensamiento político y económico, por no decir un poquito de humanidad y una migaja de religión en el trato entre las naciones, seré calificado, sin duda, de nazista, fascista y abogado de una "paz blanda". Sugiero a los críticos que busquen en el diccionario de invectivas algunos epítetos más graves. Esos están viejos y ya no me hacen mella. Ya saben lo que pienso del Nazismo y del Fascismo, lo he escrito en estos editoriales durante más de veinte años. Pero prefiero que me llamen nazi, y si hay que llegar al caso, preferiría ser nazi o fascista, antes de llamarme humanitario y ejercitar la venganza hasta el extremo del sadismo. Del sadismo y del masoquismo. Si destruimos Alemania, nos destruimos a nosotros mismos.

Durante mil años, y para ser exactos, por más de dos mil años, la gran lucha del mundo occidental ha sido evitar verse sumergido bajo las repetidas olas de barbarie oriental. Esa lucha todavía perdura. Es posible que hoy día el peligro de que el Occidente se vea absorbido por el Oriente sea mayor que en los tiempos de Jerjes, Mahoma, Genghis Khan, o Tamerlán. La barrera más oriental contra esta inundación, era Polonia. Ya no existe. La barrera siguiente es el Austria —con Hungría— y Alemania. Sea que amemos a estos pueblos o que los odiemos, hay un hecho que tendremos que reconocer, y es que si, de acuerdo con el memorandum firmado por Roosevelt y Churchill, en Quebec, se llega a la desindustrialización de Alemania, la civilización de Occidente será destruida, y la puerta de Europa quedará abierta a la afluencia del salvajismo oriental. Si alguien se sintiera inclinado a burlarse de esta predicción, podría echar una mirada al Africa del Norte, desde Alejandría a Tanger. Toda esa extensión fué en un tiempo una tierra ocupada por pueblos de gran civilización. Ahora ha vuelto a la barbarie. Podría suceder lo mismo en una región situada más al norte. Puede suceder lo mismo si se hace un vacío cultural en la región que fué ocupada en un tiempo por Alemania y el Austria.

Como podía haberse esperado, los mismos que hicieron pactos en privado, se pelearon en público. "Diez meses después de Teherán", dice Mr. Henning, "Churchill y Stalin riñeron por la repartición de los despojos. Stalin estaba acorralando los estados balcánicos en una forma que alarmó a Inglaterra. Junto con Tito, se dedicó a echar a un lado a los ingleses y al Rey Pedro en Yugoeslavia, de manera que aparecía abriéndose camino hacia Grecia a pesar de haber accedido a aceptar el dominio de Inglaterra sobre ese país. Churchill, tomando consigo al Ministro de Relaciones de Inglaterra, Mr. Eden, se fué con gran prisa a Moscú y tuvo una escena con Stalin. Hicieron las paces. En qué términos, es algo que nunca se ha sabido. Se puede presumir que han reafirmado el acuerdo de Teherán, pero desde entonces los in-



gloser se han quejado de que Stalin no ha cumplido su palabra con respecto a Yugoeslavia, país del cual ha tomado posesión abiertamente, y de que tampoco la ha cumplido con respecto a Grecia, donde la insurrección contra el dominio inglés ha sido fomentada por los comunistas griegos pro-soviéticos".

De esa querella puede resultar una guerra y, si resulta, Inglaterra puede exigirnos que vayamos con ella contra Rusia. Nada importará que no sepamos en qué términos pactaron Churchill y Eden en conferencia con Stalin. En la persona de Mr. Roosevelt aceptamos en principio y en el hecho la idea sobre "esferas de influencia" y que esto será suficiente para Inglaterra. No se nos ha permitido saber a qué nos hemos comprometido, pero estamos en ello y deberemos seguir.

Mr. Henning nos hace recordar que el Ministro Cordell Hull "expresó en forma elocuente en el Congreso que ya no habría más esferas de influencia, ni política de fuerza". Sin embargo, no había pasado un mes después de su regreso de Moscú de donde trajo el mensaje al Congreso, cuando esos mismos viciados principios se veían reafirmados y reestablecidos. Cuando Mr. Hull leyó el memorandum de Stalin, "explotó", según dice Mr. Henning. No quería creerlo hasta que lo vió aceptado por Mr. Roosevelt. Después de lo cual Mr. Hull se apaciguó y nunca más se le oyó mencionar las "esferas de influencia".

"Las malas compañías corrompen las buenas maneras", dice la Escritura, y también, "Con los santos serás santo, y con los perversos serás perverso" y "El que toca la pez se manchará". Tal vez, aun en esta época viciada, podríamos arriesgar la enunciación de una vieja verdad: el que se asocia con bandoleros internacionales se transforma en otro no mejor que ellos. En el juego de la política de fuerza, las naciones son verdaderos gangsters: n i n g ú n miembro de la cuadrilla puede pretender ser mejor que los demás. Al lema del mosquetero: "Uno para todos, todos para uno", debe hacerse el siniestro agregado: "para bien o para mal".

Los americanos que se opusieron a que entráramos a la guerra y que nos uniéramos con Rusia con ese objeto, predijeron las consecuencias con una clarividencia que puede parecernos ahora preternatural.

Desde ahora en adelante, y mientras vivamos tendremos que vernos envueltos en todas las malas pasadas, vueltas y manejos torcidos, en las jugadas y contrajugadas que han sido objeto de la técnica diplomática durante mil años. Tendremos que ser ahora tan tramposos, tan faltos de principios y tan traicioneros como el peor de nuestros aliados. Hemos pactado con ellos, les hemos ayudado a urdir sus planes, hemos tomado parte en sus pecados y en sus crímenes, y ahora ya no nos dejarán.

Cuando un nuevo miembro se incorpora a una banda, lo primero que hacen los antiguos es hacerlo participar en algún sencillo salteo, o robo o en algún asalto. Desde ese momento ya tienen algo "contra él", y ya no podrá zafarse. El siguiente paso es el asesinato. Si el neófito se queja de escrúpulos para ejecutar este acto, los miembros maduros de la banda podrán preguntarse que cómo puede él darse el lujo de tener una conciencia. Este es nuestro caso. Hemos tomado parte en una media docena de crímenes como miembros de los Tres Grandes. Si amenazamos con retirarnos de la banda nos advertirán que nuestro retiro precipitará la guerra, así es que deberemos continuar, y ya nunca jamás podremos atrevernos a moralizar sobre relaciones internacionales. Nathaniel Peffer, en "América y su lugar en el mundo" ("America's Place in the World"), libro notable por su claridad y franqueza, dice: "el conmovedor e impresionante lenguaje de los idealistas cuando se refieren al papel que pueden desempeñar los Estados Unidos como guía del mundo en un plano elevado de relaciones internacionales, es sólo palabrería, magnífica si se quiere, pero completamente vacía de sentido". "Pertenece", dice, "al tipo de declaraciones que deja perplejos a los pueblos de otras nacionalidades, y les da su margen para adoptar un aire entre condescendiente y divertido, o simplemente desdeñoso". Por lo tanto, a los ojos del mundo no estamos actualmente en posición de erigirnos en jueces de las villanías de José Stalin o de cualquier otro tirano brutal y sanguinario.

Pudimos asociarnos, sin culpa tal vez, con Stalin, en una guerra contra el fascismo, alegando que la mejor arma contra una clase de fascismo es un fascismo de otra clase. Hay peligro, sin embargo en una táctica de esta especie, como lo hay cuando la policía acepta la ayuda de una banda de malhechores para destruir a otra. Pero desde el momento en que no sólo hemos aceptado la ayuda del asesino de un millón de hombres, sino que, además, nos hemos asociado con él y hemos conspirado con él en secreto para dividir el mundo y destruir sus despojos, no podemos tomar a mal que el mundo diga: "Todos son iguales: americanos, rusos, ingleses; todos llevan la misma marca". Hemos perdido nuestro prestigio moral.

Cuando lanzamos la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, muchos buenos americanos (entre ellos, John Foster Dulles y Hanson W. Baldwin, a quienes hemos citado ya en estas páginas) dijeron que en esa forma habíamos destruido hasta la última oportunidad a aspirar a tomar la dirección moral. Pero ya habíamos perdido la reputación mucho antes de que se oyera hablar de la bomba atómica. Cuando Mr. Roosevelt se reunió en secreto con otros dos "guías del mundo" (¡perdón por el título!) y violaron uno por uno los nobles principios que se escribieron y firmaron en la Carta del Atlántico, entonces, y allí mismo ustedes y yo, todos nosotros, los americanos, caímos. Hay un medio de recobrar el prestigio que hemos perdido: podemos repudiar todos los pactos, tratados y promesas que se hayan hecho sin el conocimiento y consentimiento del Congreso y del pueblo. Si eso es imposible, estamos perdidos.

COMENTARIOS

No ya *Mirillas* que éstas quedaron manchadas en Nuremberg, utilizadas —al final del simulacro— para quitar la última intimidad de los ultimados, en una vigilancia que no impidió un suicidio. No nos repugna tanto ese acecho constante, que al fin y al cabo los "jueces" debían tomar sus medidas para que los forzados actores cumplieran su parte en la minuciosamente preparada *mise en scene*: desfile de condenados, fotografías, (probablemente cinematografía sonora y tecnicolor) recinto de ejecución con 16 reflectores, patíbulo con *trece* escalones, últimas palabras ante un auditorio numeroso, nuevas fotografías ahora de los cadáveres, primero vestidos y luego desnudos, etc., etc. No, no es eso lo que ha asociado a la *mirilla* con algo particular, modernamente infame: es el periodismo sensacional, esa especie de curiosidad de la masa que supo desnudar por boca de un Mr. Smith cualquiera la sagrada, sí, sagrada intimidad de unos moribundos. Por creer que los primeros momentos y primeros movimientos del hombre al nacer no deben ser objeto de malsana curiosidad; porque no concebimos su exhibición en un noticiario, por eso mismo es repugnante la crónica del señor Kingsbury Smith tomada a través de las mirillas de las celdas y que mereció el lugar más destacado en todos los diarios. Describe el "enorme rostro" de Goering, "rostro de un criminal, rudo, maligno y loco. Su boca contraída tenía una tensión de ratonera". Detrás de la mirilla se complace en describir "las profundas arrugas y las fofas bolsas bajo los ojos, la flacidez de sus mejillas, su ralo pelo enmarañado como si con sus manos regordetas lo hubiera estado mesando nerviosamente". Se regodea calculando que "Goering será quien tenga que hacer el recorrido más largo (eso no pudieron saborearlo) desde su celda en su último paseo hasta el patíbulo". No se le debe haber ocurrido al curioso impertinente la cara que él tendría después de seis meses de interrogatorios y doce días de "capilla".

"La siguiente mirilla por la cual observé, continúa esta especie de lechuza periodística, me reveló la figura desmadejada de Ribbentrop, sentado en la cama, con ojos vidriosos y aspecto de embotamiento". "Es el más sucio de los prisioneros de Nuremberg", anota cruelmente. Del mariscal Keitel, el pequeño Smith comenta que "parecía como si se sintiera mentalmente crucificado". (¡Qué precisión impertinente!). "Tenía, agrega, la quijada contraída, como haciendo un esfuerzo por resistir *heroicamente* un dolor externo". Y como para hacerse perdonar ese adverbio, agrega: "Pero sus ojos ardían con una mirada de animal herido, lleno de odio".

Se ensaña luego con Sauckel, "el más cruel esclavista desde la época de los Faraones", "con más aspecto de mono que de hombre", a quien describe comiendo "en una escudilla de lata llena de sopa que mantenía pegada a la barbilla mientras que con la cuchara lanzaba el líquido con impaciencia sobre sus labios gruesos y vulgares".

La dureza y la crueldad, el odio y la maldad, entre quienes la mirilla separaba, no parece haber sido, poco antes del desenlace, el estado de quienes ocupaban las celdas, a juzgar por el hecho de que todos ellos menos uno aceptaron auxilios religiosos, cinco —los católicos— comulgaron poco antes de ser matados y casi todos de entre los que llegaron al patíbulo afrontaron la muerte con palabras que será difícil borrar del recuerdo de una generación.

¡Que el señor Smith y sus semejantes se queden con sus puntillos de mira!

Truman, el inefable presidente, desesperación de sus presididos, comentó, siempre comenta. Ya hemos hecho notar en anteriores no-

DECIA KEYSERLING

"Superficialmente considerada, parece difícil el comprender cómo una guerra que no acaba con la destrucción literal de uno de los contrincantes puede realizar su objeto. Pero, en realidad, sólo aquellas guerras que han quedado indecisas desde el punto de vista material del soldado, han resultado productivas y, por tanto, con un sentido; *y ésta es también la razón de que una de las leyes fundamentales de la ética militar haya sido honrar al enemigo y respetar al vencido* (*habiéndose solamente practicado lo contrario en épocas y pueblos antibelígeros, razón asimismo que hace tan infame la moderna guerra de exterminio*). La explicación de ello es que el verdadero objetivo de la guerra no consiste en la destrucción del enemigo, sino en una modificación del actual equilibrio de fuerzas, que, por otra parte, sólo será posible de un modo algo estable si el alma de los pueblos en cuestión se ha transformado". (Norteamérica Libertada, pg. 12).

tas, el acierto que sin saberlo él mismo, tienen sus comentarios. Ante el tremendo espectáculo de Nuremberg, le dice a Mr. Jackson —quien sin dejar el solio de miembro de la Suprema Corte de Norteamérica fué a apretar los nudos corredizos de los jefes derrotados— que estos veredictos "quedarán en la historia como un faro para señalar a los bandoleros internacionales el destino que les espera". ¿A quién se está refiriendo? No parece pensable que ello comporte una prevención al disipado fantasma del nazismo. ¿A qué bandolero internacional le puede caber ese sayo? En vísperas de la reunión de cancilleres, en la que se enfrentarán los dos titanes en Nueva York, no parece muy diplomático aludir con tan precisas palabras a su colega Stalin...

Sea o no esa la intención, es sintomático que ante el *suspenso* de los jefes del mundo civilizado y del otro, ante el cauto silencio de Londres, ante el mutismo de Churchill, uno de los mayores responsables del inaudito acontecimiento, sea el sólo posible contrincante de Rusia quien haya sentido la necesidad de decir esas palabras de prevención.

Terminado en fiasco la Conferencia de París, las conversaciones sobre la paz, esa fugitiva, inalcanzable paloma, se centrarán en Nueva York. Como resumen de lo acaecido en los tres meses últimos, como comprobación europea de lo que en el curso de ellos hemos venido atisbando y comentando a través de nuestra desconfianza y de la información periodística y como visión de conjunto... y de futuro, permitásenos salvar de la perecedera actualidad, flor de un día, de una crónica de diario, dos párrafos de la excelente colaboración aparecida en *La Nación* del 20 del corriente, fechada, oh doble sorpresa, en Madrid y firmada por un *von*, por Karl von Wiegand:

En París, las naciones pequeñas hicieron de "coro" y nada más. Hablaron y votaron. Los tratados de paz vienen a reducirse a "recomendaciones" cuando los respalda el sufragio de las dos terceras partes, y a "sugerencias" cuando sólo son aprobados por simple mayoría de votos. Las decisiones finales quedan al arbitrio de los "cuatro grandes", ni más ni menos que antes de la conferencia. Nada, pues, ha cambiado. Aquello fué un preludio, una ruidosa escaramuza antes de la definitiva y campal batalla diplomática que ha de librarse por la paz del mundo.

Visto con amplia perspectiva y en sus proporciones actuales y futuras, el cónclave de los veintiuna naciones hará historia. Directa e indirectamente, ha producido resultados que serán base y fondo de mucho de lo que está por acaecer. Estos resultados no figuraban en el programa, pero su significación supera en importancia a cuanto en él se apuntó. He aquí algunos de ellos: 1º La conferencia de París ha venido a enterar al pueblo norteamericano de la existencia indubitable de "dos mundos" contrapuestos. 2º Definió, concretó, consolidó —vigorizó, en fin—, la política exterior de los Estados Unidos. 3º Asentó firmemente en la dirección de uno de esos dos mundos —el occidental— a la nación norteamericana. 4º Ha notificado al mundo —y por lo tanto a Rusia— que existe ya una política exterior y una verdadera dirección de ésta en los Estados Unidos. 5º Ha revelado que la Unión Soviética y su bloque paneslavo siguen impertérritos por la ruta que se han trazado en Europa y en Asia. Y 6º, en las once semanas que duró la conferencia quedó establecido claramente que los Estados Unidos se mueven ya por un camino que los lleva, paso a paso, a desempeñar en este siglo XX buena parte del papel que en el XIX representó Gran Bretaña en Europa y en Asia. Basta recordar la nota remitida días pasados por los Estados Unidos a Moscú, en la que se rechazaba la tesis soviética de negociaciones bilaterales con Turquía para el control ruso-turco del Bósforo y los Dardanelos, la incitación hecha a Turquía para que resistiese las demandas del Soviet, las garantías dadas a Grecia sobre la inviolabilidad de sus fronteras, la presencia de la flota norteamericana en el Mediterráneo, y demás señales de una política exterior de carácter "activista" por parte de los Estados Unidos para arribar a la conclusión de que este país comienza a reemplazar a Gran Bretaña en el papel de potencia hegemónica y a atacar a Rusia sin reservas.

CLEMENTE ESPEJO.

PERFILES DE LA MUSICA ARGENTINA

Las directivas estéticas del arte musical argentino parecen inmersas en vaga penumbra. Por un lado impresionistas y expresionistas, dos escuelas completamente europeas, ocupan un ámbito en las actividades.

Poseemos, sin embargo, una música propia cultivada en apartados núcleos sociales y, a pesar de ello, no deja de percibirse a veces como una actitud de indiferencia ante las manifestaciones de nuestro sentir más arraigado, cual si ellas no constituyeran expresión cabal de las más insospechadas posibilidades. Tras semejante actitud se halla el desconocimiento del arte criollo.

Este fenómeno se hace aun más visible cuando se imagina al espíritu argentino tantas veces volcado en su casi totalidad hacia el exterior del país, desde donde espera únicamente recibir los estímulos necesarios para el sostén de su vida cultural. La realidad objetiva, en especial la de las grandes urbes, no hace sino verificar la afirmación anterior.

Se hacía necesario, por una parte, penetrar en ese mundo casi misterioso para muchos de la música folklórica y llegar al conocimiento de su organicidad interna. A este respecto se hallaba sumamente difundida la idea de una total divergencia entre el arte culto y el popular, y esto constituía valla insalvable para toda investigación de carácter verdaderamente científico.

Las coincidencias entre ambos se habían advertido hace tiempo, pero el desconocimiento del necesario nexo causal había impedido el enunciado de los problemas. Era imprescindible la captación de los hechos de la realidad folklórica y, a la vez, conformar la visión integradora de todos ellos, sin la cual carecen de efectivo significado y no logran alcanzar necesaria validez cognoscitiva. Contemplé este aspecto en mi artículo anterior.

Frente a los hechos no debemos olvidar cómo el norte argentino ha palpitado en su tiempo con vitalidad propia y ha alentado en sus más encumbrados núcleos manifestaciones culturales verdaderamente criollas. Por lo tanto, es bien legítimo el anhelo de personalidad propia, para nuestro país sencillamente porque la ha tenido y aun la mantiene en apartados sectores al margen de influencias descaracterizantes. El arte folklórico argentino es el arte culto argentino de ayer y su estudio constituye ciencia, es decir, esfera objetiva bien delimitada. La música popular se limita a las pequeñas formas porque las grandes escaparían lógicamente a las posibilidades mnemotécnicas de la generalidad.

La fundamentación de una música propia reside pues —y quería llegar aquí— en el conocimiento de las formas y caracteres tonales, rítmicos y armónicos de la nuestra folklórica. Ahora bien, el músico popular dispone de parcos recursos para su exteriorización y desde luego, para todo ulterior desenvolvimiento. Es entonces el músico culto quien puede aprovechar la base proporcionada por ritmos y giros melódicos y enriquecer la faz armónica e instrumental sin llegar por ello a deformar el contenido peculiar de lo criollo. Vale decir, puede emplear cuantos recursos le proporcione la técnica pero en base a una previa asimilación integral de la música popular. De esta manera el artista expresará sus afanes estéticos con un lenguaje nuestro en los planos tanto de cámara como sinfónico.

Las obras del músico culto nutridas en nuestras gamas tonales y nuestros ritmos poseerán una realidad más exaltada, un mayor contenido por encima del documento folklórico. Y así lograrán conmovernos como no lo logran las realizaciones de carácter extranjero.

Y ahora me preguntará el lector: y bien, ¿nunca se ha hecho esto aquí? ¿no existen acaso obras musicales de ambiente criollo, inspiradas en motivos populares o en otros recreados a su imagen? ¿acaso no abarcan los planos de cámara y sinfónico?

Y le responderé: sí, se ha hecho algunas veces, y algunas de éstas, bien. Pero la inmensa mayoría de las composiciones llamadas de inspiración folklórica no contienen sino meras alusiones, referencias a veces lejanas con lo nuestro y desconocen lo más esencial.

Son, en su mayor parte, de corte completamente extranjero. Esto no implica desconocer lo muy poco pero bueno hecho aquí hasta ahora.

¿Y esto por qué?, me volverá a preguntar. —Porque se ignoran casi siempre las bases enunciadas más arriba. Por eso insisto un poco en el aspecto científico de la cuestión. Se descaracteriza lo nuestro cuando no se lo conoce, y entonces se recurre a lo de afuera.

De todo esto se deduce como la creación musical argentina deberá ser enfocada muy diferente de lo habitual. Las obras germinadas bajo estas formas renovadas no serán identificables con lo folklórico, porque no tiene objeto alguno la repetición textual bajo las condiciones del documento, pero a su vez permanecerán al margen de lo europeo.

Representarán la plenitud del espíritu argentino en constante posesión y conocimiento de sí mismo y albergarán un no sé qué irreductible, arraigado en su entraña palpitante.

MARIO GARCÍA ACEVEDO.



FILOSOFIA DE UN LITERATO

Los literatos franceses de la post-colaboración no aciertan una. A nosotros lo del existencialismo de Jean Paul Sartre siempre nos pareció más que sospechoso. Tuvimos de entrada, el pálpito de que se trataba de un soberano macanazo. Pero, nosotros, en trance de juzgar al Sr. Sartre, resultábamos sospechosos también. No así, en cambio, la izquierda intelectual que cuando alguien acarrea agua al molino rojo, tiene como es sabido, lista la loa. Sartre y sus devaneos filosóficos para uso de *maquis* debían pues, en buena lógica, serles archigratos a los moscovitas. Ahora ocurre, sin embargo, que con el existencialismo del literato francés no las van ni los súbditos de Stalin. Ni siquiera Ilya Ehremburg. Tan malos, tan impotables les resultan el señor Sartre y sus seguidores.

Sí, ya se sabe, a río revuelto ganancia de pescador, pero no al extremo de que en términos de filosofía —actividad intelectual que en Europa, a pesar de todo, sigue seriamente en pie— la flamante farsa literaria, tuviese libre circulación.

Bien por el señor Ehremburg.

ESENCIALISTA.

ROMANTICISMO Y CLASE DIRIGENTE

El romanticismo —expansión desordenada, disgregación, átomos que bailan sus valses microcósmicos— parece producto de generación espontánea. Rousseau es lo que se llama un hijo de padres desconocidos. Pero exigido por la dialéctica histórica: de no nacer él, cualquier escritorzuelo de provincias hubiera ocupado su lugar. Sin el Emilio es imposible entenderse con Werther, sin el blando humanitarismo rusoniano resulta incomprensible la inhumanidad de Robespierre.

Es empresa bastante difícil ver el romanticismo desde nuestra perspectiva. Entre él y nosotros se interpone —como un enorme primer plano de Sidney Greenstreet— la hinchada vanidad de Víctor Hugo. El romanticismo, que comienza con Rousseau y culmina digamos en Chateaubriand, acaba, en realidad, con el Prefacio de Cromwell. Medio siglo de fecundidad, un poco demasiado para un movimiento que arrastra consigo el pecado original de negar el pecado original. Después de 1827, la escuela romántica —lirismo llorón, invocaciones a la fatalidad, cabelleras merovingias— vive de repetición, obedece a leyes tan rígidas como las de Boileau. El egocentrismo de Víctor Hugo creyó promulgar el estatuto del romántico. Nosotros podemos hoy decir, con Georges Lorris, que *"la fameuse Préface ne fut pas un manifeste, mais un testament"*.

En este sentido Lamennais —el Lamennais de *l'Avenir*, el de la peligrosa edad en que Antonio conquista a Cleopatra— pertenece a la decadencia del romanticismo. Pero en Lamennais hay algo más que romanticismo literario, Lamennais es, con Rousseau, más que Rousseau, el padre del romanticismo político. Porque el romanticismo es, tanto como una escuela literaria, una escuela política, mejor antipolítica.

Frente a las buenas maneras dieciochescas, el romanticismo exalta la brutalidad de los sentimientos instintivos. Frente al elegante escepticismo, frente a la discreta *politesse* de la Ilustración, el romanticismo encarna —abundancia de gestos, chalecos escarlatas— la pasión divinizada. El iluminismo es liberal; el romanticismo ya resulta democrático. Y si algún exigente cronologista ensayase recordar que la palabra *liberal*, aplicada a un sistema de ideas políticas, es de origen romántico —de las Cortes de Cádiz, dicen, la tomó Bentham— establezca mentalmente un paralelo entre Voltaire y Rousseau, y verá que el primero representa la derecha, el liberalismo, y el segundo la izquierda, la democracia. Lamennais, aportando la carnalización de lo sobrenatural, completa a Rousseau. Porque el romanticismo es, en suma, la revolución sin bautizar pero confirmada. Resulta, pues, que del iluminismo al romanticismo no hay más que el sacrilegio.

El reconocimiento del romanticismo político no deja de arrojar alguna luz sobre la historia. Por ejemplo, sobre el fracaso de Napoleón, un hombre tan moderno por muchos conceptos, un hombre incluso más moderno que, pongamos por caso, el general Primo de Rivera o el mariscal Pétain. Apunta agudamente Máximo Etchecopar que el fracaso de Napoleón fué el fracaso de su intento de estructurar —conjugando las novísimas energías sociales con los restos de la vieja aristocracia— una nueva clase dirigente. Y Napoleón fracasó porque no era posible dejar de fracasar, porque toda su genialidad política era impotente contra el romanticismo, porque, en resumidas cuentas, su intento era anacrónico. Arrojarse en semejante empresa era desconocer, desconocer padeciéndolo, que el concepto de clase dirigente —como el de estilo, diría Weidlé— es un concepto prerromántico.

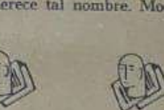
La democracia es incompatible con una clase dirigente no consubstancializada con ella, única que merece tal nombre. Modernamente, entonces, los cuadros llamados a regir la sociedad no pueden reclutarse en sectores separados de la masa, como lo prueba el caso de Rusia, de Alemania, de Italia, como lo prueba el caso Perón. Digamos pues —parafraseando a Marcelo Sánchez Sorondo— que las democracias son panteístas: tienen sus dioses, pero ínsitos en ellas.

También aquí, en ésta nuestra Argentina, ha ocurrido en pequeño lo que en Europa. Las clases dirigentes desaparecen, para no volver, el 12 de octubre de 1916. Victorino de la Plaza e Hipólito Irigoyen, enigmáticos rostros aindiados que esconden un hecho cuyas dimensiones abruman: el triunfo del romanticismo en tierras del Río de la Plata.

Porque el advenimiento del radicalismo es, evidentemente —no nos engañe la prosa conceptista de su caudillo— el advenimiento del romanticismo. Y si algún político, aquí y ahora, se empeñase en resucitar las clases dirigentes, haría —como el mesurado y digno Adolfo de Constant— el romántico a pesar suyo. Por las reacciones que habría indudablemente de provocar, ayudaría a encaminarnos en la vía de la democracia, en el camino de las tan declamadas aspiraciones modernas de los pueblos.

En esta trabajosa y ardua revolución que vivimos los argentinos, pareciera que empezamos a salir del romanticismo. Conviene no olvidar que al romanticismo —en política como en literatura— sucede el naturalismo. Al que otros —en literatura como en política— le llaman realismo. Por donde hoy, en política, no se puede hacer clasicismo. Sólo se puede hacer simbolismo, ese desagravio a la realidad, mutilada, precisamente, por los realistas.

César Falciola.



MAEZTU

"España es una encina, medio sofocada por la yedra", escribía Ramiro de Maeztu en 1931. Desde veinte años atrás lo venía pregonando en todos los tonos, con voz bronca de angustia. No lo hizo en vano. Cuando todo parecía perdido, cuando parecía que la encina iba a caer para siempre sobre la meseta calcinada de Castilla, la espada victoriosa de la España eterna arrancó de cuajo la Antiespaña.

La yedra pudo, todavía, llevarse a Ramiro en su caída. Hoy, cuando la encina se está recobrando de sus heridas y vuelve a apuntar sus ramas al cielo y a hundir sus raíces en la tierra bendita, Balcón recuerda al profeta y mártir de la Hispanidad —Cristiandad hecha combate— que hace diez años caía en la Cárcel Modelo.

DISTINCION

Nuestro colaborador, el Pbro. Dr. Octavio Nicolás Derisi acaba de obtener el Primer Premio Nacional de Filosofía, Crítica y Ensayos para el trienio 1943-1945 con su obra *Filosofía Moderna y Filosofía Tomista*. Se distingue así no sólo un libro sino un conjunto de una decena de obras, entre las que descuella singularmente *La doctrina de la Inteligencia de Aristóteles a Santo Tomás*, amén de la meritoria labor docente del autor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en los Cursos de Cultura Católica de Buenos Aires y La Plata y en el Seminario Metropolitano de La Plata.

El director de *Sapientia* corona con este premio una carrera en la que ha merecido distinciones tan sobresalientes como el Premio Universidad al mejor egresado de su promoción en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y el Premio Carlos Octavio Bunge a la mejor tesis del bienio 1940-1941.

BALCON

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración:
Sarmiento 930, 6º piso B.

Suscripción anual $ 15.-
Semestral $ 8.-
Trimestral $ 5.-
Número suelto $ 0,30

ANFORA Y GLORIFICACION

Hay en este libro de versos, un simpático afán, una inquietud por decir algo, que al fin se dice de manera simple. Dios y la Patria, vistos a través del claro aire mendocino, están presentes en la inspiración de Atilio Anastasi.

Las influencias se reconocen fácilmente en cada poema. Bernárdez, Fernández Moreno, Lugones y aún Bécquer, se transparentan en las canciones de Anastasi, cuya forma no es aun del todo precisa.

La segunda parte del libro, es sin duda, superior a la primera. La inspiración toma otro vuelo, y se plasma en poemas muy claros, como "Estampa Mendocina", o en perfiles trazados con gracia como los de "Pájaros".

En resumen, para hablar de las canciones de Anastasi, preferimos aludir a su espíritu transparente y simple como el agua, antes que a su estructura, bastante irregular y en algunos casos, ciertamente débil.

D I A R I O   D E   U N   B U Z O

JUEVES.—*El buzo cronista Sansoyo se hace un "reportaje": se entrevista a sí mismo, gracias al buzo, acerca de la polémica con el P. Meinvielle. Habla al principio de esto con espíritu deportivo, si se quiere olímpico, como si fuera lector de Montherlant. Luego se complica. Tiene en una mano el tratado "De la Monarquía" de Dante y sobre la mesa varios volúmenes de Santo Tomás.*

—*Profeso, empieza por decir, una admiración de aficionado a profesional por la cortal pegada del P. Meinvielle cuyo juego en el ring es de gran efecto aunque a veces utiliza demasiado su izquierda. Y declaro que fué mi derecha la que mantuvo todo el peso del encuentro mediante su virtud o fuerza obligué al avezado adversario a arriesgar el "match".*

—*¿Está Vd. satisfecho del resultado?, pregunta el desaprensivo buzo y lirón.*

—*Sí, sí, contesta Sansoyo (su ademán no es rotundo). Satisfecho pero mohino.*

—*¿Cómo así? Explíquese Sansoyo. (El buzo no tutea a su demiurgo).*

—*¿El P. Meinvielle no ha redactado un artículo en la última entrega de* BALCÓN? *Capta tú ahí al matiz: escribir un artículo significa desistir del contrapunto, importa dejar sin respuesta mi respuesta. Además ¿qué dice el artículo? Dice: "no vamos a hacer cuestión sobre si una pura política de derecha se identifica o no con la política como tal. El asunto exigiría muchas precisiones. Pero concedamos que así fuere". Pues bien, basta. Me pregunto si esa era o no la oportunidad señalada para que el P. Meinvielle hubiese expuesto las muchas precisiones aún debidas, al parecer, acerca de un tema ya dilucidado in extenso, sin embargo, por él en otro artículo anterior (*BALCÓN *N° 16). De cualquier modo, el caso es que ya "no hace cuestión" de lo que literalmente (sic.) era la cuestión. Por eso fué el suyo un deslizamiento harto sutil. Pero, le repito, estoy mohino, contristado casi. ¿Y sabe por qué? Porque ni he aprendido nada nuevo, ni he conseguido hacerme entender.*

—*Veamos, intercala el buzo con mayeútica pausa, veamos.*

—*Recuerda, conciencia nunca dormida, que el P. Meinvielle hablaba de la "insuficiencia de la pura política de derecha" —a su juicio una especie de insuficiencia mitral— a lo que yo repuse registrando la no* ASEIDAD *o ineptitud de la política, de toda política, para bastarse a sí misma. Pero en el artículo último introduce una variante pródiga al transferir aquella insuficiencia a la "pura política". Y lo extraordinario es que en seguida se muestra disconforme con mi modo de enunciar la incapacidad de la política "para una ordenación íntegra del hombre". Para el P. Meinvielle esto es hechura del "naturalismo político" o de algo que mucho se le aproxima. Desde más allá de la polémica, pues, se empeña en desvanecer mi ortodoxia.*

*Este tremendo cura chestertoniano, de versallesca parroquia, siente a no dudarlo "*EL CELO DE LAS LLAVES*" de que habla Dante en su tratado. Y el "celo de las llaves" no es una virtud salomónica.*

—*El P. Meinvielle opone a "la pura política", de suyo paganizante, dice, "la política católica". ¿Qué piensa Vd.?*

—*Digo que no me responsabilizo de las consecuencias de esta "solución del mundo". En primer lugar vuelvo a mi propia tesitura. He subrayado la ineptitud de la política sola o solitaria. Naturalmente, al aludir a "la ordenación íntegra del hombre" me he referido —esto parecería obvio— a su* PERSONA SOCIAL, *a "la vida pública terrestre" que dice el P. Meinvielle, porque por lo demás, no sé de una vida pública celeste. Luego es inútil que se quiera introducir aquí un distingo. Me arraigo en el más seguro sentido clásico: en el sentido común, padre de Sofhia, que fija un término para cada cosa y muchísimas cosas en su diverso ser. La ciudad temporal es reflejo, según San Agustín, de la ciudad de Dios. El bien temporal es vasallo del sobrenatural como la filosofía lo es de la teología. Pero no se sigue de ello que deba trocarse la peculiaridad propia de cada cual. Y las notas* ESPECÍFICAS *del bien temporal, supuesto ontológico de la política, no contienen de suyo, o en sí, ningún atributo sobrenatural, del mismo modo que la filosofía se deslinda de la teología. La gran hazaña de Santo Tomás fué homologar cristianamente la realidad distinta y participada, recortar el cósmico paisaje, desglosar el orden de las cosas temporales. Y para Santo Tomás el* PODER POLÍTICO SE CONSTITUYE COMO PODER AUTÓNOMO. *Ninguna doctrina ha dado más vigor y sustantiva entereza a la política.*

—*Ségregue, usted, Sansoyo, la pertinente cita, alcanza el buzo a apuntar. (Anochece. El buzo, mustio, se ha puesto un palimpsesto de papiro en la cabeza, como gorro de dormir).*

—*"Tanto el poder espiritual como el temporal vienen de Dios. El poder temporal está sometido al espiritual en cuanto Dios le ha sometido a él, a saber, en las cosas tocantes a la salvación del alma. En las cosas tocantes al bienestar civil* MÁS SE HA DE OBEDECER AL PODER TEMPORAL *como el Evangelio de San Mateo dice: dad al César lo que es del César" (Comentario a las Sentencias II, 44, 2, 5, ad 4). La autoridad política es de derecho natural, no deriva de la Iglesia. "La preeminencia de la Iglesia no entraña, agrega un joven pensador español, el regimiento de las cosas terrenales".*

—*Pero el P. Meinvielle habla de "política católica" y distingue entre una política "formalmente católica" y otra que sólo lo es "dispositivamente". También sugiere una "política posible".*

—*Emboza, buzo, emboza. Déjate tú de escolásticas jitanjáforas. Cíñete el cíngulo preciso de tu leve pijama. Porque si por "política católica" se entiende aquella subordinación de lo político al último fin del hombre y de la sociedad por ende; si se indica que sin el logro sobrenatural de nada sirve el bien de la ciudad, el concepto es redundante. Pues en el mismo sentido esto se puede atribuir a todas las cosas creadas y ciencias o artes humanas. Y así vale tanto postularlo de la medicina como de la política. ¿Qué cosa podrá dejar de ser católica, dejará de integrar lo universal?*

Pero si por "política católica" se significa un planteo de específica noción política acaso la leyenda se revele equívoca. ¿Cómo predicar lo más de lo menos? ¿Cómo insertar el todo en la parte? ¿Y cómo no dejará transido lo religioso en la profana empresa? Se exige, entonces, un permanente o perpetuo estado de milagro. Es decir, justamente una alteración de lo natural, de la gravedad natural del ser y estarse de las cosas. Tengo para mí, por lo demás, que política "dispositivamente" católica en la acepción del P. Meinvielle, habrá, o habrá de ser posible siempre que exista una sanidad u orden temporal. Esto es, todo bien común realizable es dispositivamente católico. Por lo que, el lograr un orden implica la sola posibilidad regular de hipostática unión de lo espiritual con lo temporal.

—*Esto que usted alega, Sansoyo, sabe o suena, según los sentidos que se apliquen, a tomismo que por lo clásico se corre a lo pagano.*

(El buzo ha puesto los pies en polvorosa y soporífera sustancia. De sus sentidos el que menos utiliza es el tacto. La noche, mientras, comienza a ser noche oscura).

—*¡Ah buzo! Para ti las golondrinas de Becquer y los versos en largas hileras y todas las ordalías literarias. Mas no incidas. Amar lo clásico es un sabio modo de amar a Dios. Santo Tomás era en el amor de Dios un clásico. ¿Ignoras que es clásica la feliz [illegible]ción? Escucha bien: "La Providencia inefable ha propuesto a los hombres la persecución de dos fines: la felicidad de la propia vida presente simbolizada en el paraíso terrenal, y la felicidad de la vida eterna que consiste en el goce de la visión divina. Felicidades a las cuales como a diversos fines conviene llegar por diversos medios". Esto dice el Dante.*

¿Será ortodoxa voz la del Dante? Cada esfera tiene su entidad y rango. Proclamar una política católica equivale por cierto a enunciar una política religiosa. Y cuidado que no se interprete ello como vía de proselitismo desesperado por falta de confianza en las posibilidades terrenas de la obra espiritual. Cuidado que al actuar la influencia religiosa en la intencionalidad política no se impregne de vida emocional y no fermente en creencias o mitos seculares. Cuidado con el colectivismo o socialización o "transpersonalización" religiosa; o "laicización", en fin de lo católico a que podría conducir una mala inteligencia de "la política católica", de fácil pronóstico si el lema se vulgarizara. El P. Meinvielle, por otra parte, juzga también insuficiente la política católica y señala sus peligros. Pues entonces, si asimismo es de hecho insuficiente y llena de los peores peligros ¿en qué consiste la fortaleza y bondad de esta formulación? Y si es cierto, como por mi parte creo, que lo social rebasa los límites políticos, no se piense que pueda haber remedios apolíticos o metapolíticos para enfermedades, en definitiva, políticas. Si los problemas públicos rebasan los definidas dimensiones políticas como la guerra los límites del derecho de gentes. Ello es desorden y descenso mientras tanto la nueva perspectiva política, un nuevo orden no se conciban e imperen. Pero esta nueva perspectiva y nuevo orden deberán ser, no podrán ser otra cosa, que políticos así como las geometrías no euclidianas son, no pueden ser otra cosa, que geometrías.

—*¿Está usted tan seguro, Sansoyo, de la firmeza de sus parangones? Y sobre todo ¿no resulta usted un anti-güelfo o sea un gibelino redivivo?*

—*"Como la presente materia es materia política, más aún, la fuente y el principio de todo recto gobierno, y como todo lo político depende de nosotros, resulta manifiesto que está principalmente ordenada no a la especulación sino a la acción".*

—*¿"Fisicismo", "politique d'abord", Maurras? (El buzo está desvelado. La noche ahora alza su torreón de estrellas).*

—*No, buzo en pañales, buzo de teta, no. Es siempre el Dante que silogiza. Y vivió antes del racionalismo.*

SANSOYO.